

# El canon económico de la vida

Es necesario frenar, poner a raya la multitarea, hacer actividades que no representen ninguna ganancia. Hay que generar ese espacio de silencio.

«Todo el mundo está obsesionado con el crecimiento, pero bien mirado, en un organismo maduro todo crecimiento se corresponde en esencia con un tumor.» Esto lo dice Walter, uno de los personajes de *Libertad*, la fabulosa novela de Jonathan Franzen que ha sido saludada por la crítica estadounidense, y por buena parte de la española, como la novela más importante del año pasado.

El cuestionamiento de si todo lo que crece va necesariamente a mejor, viene muy a cuento en estos tiempos en los que el ciudadano común vive expandiéndose, cada vez con más frenesí, en ese territorio fragmentado, vasto y resbaladizo que son las pantallas electrónicas. Como si todos estuviéramos capacitados para ello, nos entregamos a la multiplicación de las tareas que nos ofrece toda la gama existente de instrumentos electrónicos.

Un reciente estudio publicado por la Universidad de Stanford nos cuenta que los estudiantes multitarea, esos que hacen los deberes mientras envían *e-mails*, o SMS o revisan su *timeline* en Twitter, «reducen su capacidad y efectividad, pierden concentración y tiempo, y terminan haciendo distintas cosas a medias». Además de que tienen dificultades para distinguir la información relevante de la que no lo es.

Veamos lo que sucede en el ámbito cotidiano y doméstico, con ese crecimiento a partir de la multiplicación de una serie

de actividades que hasta hace muy poco no existían: hoy una persona normal puede ir conduciendo su coche, con la radio de fondo, mientras habla por teléfono con el manos libres y, con la mano izquierda, estar escribiendo un tuit. La multiplicación de estos actos aparentemente mínimos afecta a todos los estratos de la vida. Por ejemplo, una actividad tan simple como oír música, que antes consistía en poner un disco, servirse un trago y sentarse en un sillón a escuchar, hoy ha sido arrollada por la multitarea, todos la oímos enchufados a unos auriculares mientras nos desplazamos de un lado a otro ejecutando otras actividades. La música ha dejado de ocupar la parte central, ahora es un fondo, un ambiente, un elemento más del paisaje frenético que nos rodea.

**La música ha dejado de ocupar la parte central, ahora es un fondo, un ambiente.**

Practicando la multitarea se tiene la impresión de estar haciendo muchas cosas cuando, en realidad, se hacen muchos fragmentos de cosas, y en este frenesí de la expansión, nos encontramos con casos como el del blog: hasta hace muy poco, para publicar una idea por escrito, primero había que escribirla y después buscar un espacio donde publicarla. Hoy este orden ha sido subvertido, lo primero que se consigue es un espacio para publicar, y después se escribe lo

que se puede, si es que se puede, para rellenar ese espacio.

**Con el blog, primero se consigue un espacio para publicar, después se escribe lo que se puede.**

Se impone pensar al margen de este sistema que lo envuelve todo las 24 horas del día y que nos invita ininterrumpidamente a tener más; hay que bajarse un momento de este viaje frenético y preguntarse: ¿necesito tantos aparatos?, ¿me hace falta tanta información?, ¿no será que tanta expansión, que esta apasionada multitarea, más que crecer es un proceso tumoral que me está conduciendo a la superficialidad, a la frivolidad, a la realidad alternativa y a la distopía <sup>(1)</sup>?

Esto no es un alegato contra la tecnología, ni un suspiro nostálgico por ese mundo sin pantallas ni enchufes que se nos ha ido para siempre. Todo tiempo pasado, sin duda, ha sido peor. Sin embargo, habría que hacer un alto, poner a raya la multitarea, privilegiar el pensamiento, hacer un esfuerzo por concentrarse en una sola cosa. Hay que parar de vez en cuando las máquinas, sentarse a no hacer nada y desde ahí pensar, sin pantallas alrededor, qué hacemos con la vida. Hay que generar ese espacio de silencio, de disponibilidad frente a la existencia, que más pronto que tarde será llenado por una idea genial.

Jordi SOLER. *El País* (5 febrero 2012) (adapt.)

<sup>(1)</sup> Opuesto a *utopía*.